



E L D U E N D E V E R D E

LA ALACENA

Patricia García-Rojo

Ilustración: Nacho Pangua Méndez



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Patricia García-Rojo, 2018
© De las ilustraciones: Ignacio Pangua Méndez, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2018

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-3602-6
Depósito legal: M-198-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Patricia García-Rojo

LA ALACENA

Ilustración: Ignacio Pangua Méndez

Q U E R I D O L E C T O R

Siempre me han llamado la atención las pastelerías, ¿a ti no? Es como entrar en una joyería en la que relucen las tartaletas de fresas y los merengues brillantes. Después de paladear una buena tarta o darle el primer pellizco a una barra de pan calentita, a todos se nos escapa una sonrisa satisfecha, casi de triunfo.

La gente siempre está feliz comiéndose un dulce, como si algo mágico estuviese pasando.

Pensando en estas cosas fue como se me ocurrió esta historia, ¿y si pasaba algo mágico de verdad?

Entonces recordé aquel verano en que mi abuela se apuntó a un curso de repostería y tenía una tarta nueva cada mañana... ¡y pensé en su alacena llena

de tarros! Y en cómo se le resbalaban las gafas por la nariz cuando yo le preguntaba por las recetas, como si quisiese ocultar el secreto de la nata montada o del relleno de chocolate.

Cogí todas esas ideas y, como si fuese la receta de un pastel, las mezclé, las espolvoreé con un poco de imaginación y horneé esta historia.



Fatin

1

AROMAS

AHÍ ESTABA otra vez. Lo había vuelto a hacer. Julián había visto perfectamente cómo su abuela espolvoreaba algo sobre la magdalena justo antes de meterla en la caja para dársela a doña Matilde. ¡Delante de sus narices! Y doña Matilde no se había percatado. La buena mujer pagó tranquilamente y con un buenas tardes se marchó a su casa.

Julián clavó los ojos en su abuela, acusador. Esperaba que ella pusiese cara de culpable, pero jamás torcía ni siquiera un poco el gesto.

¿Cómo no se había dado cuenta nunca? Llevaba ocho veranos pasando el mes de julio con su abuela, a veces, hasta la ayudaba a trabajar en la pastelería, y jamás, **JAMÁS**, había considerado raro el que, antes de ofrecer el

pan o el dulce al cliente de turno, la abuela abriese la alacena, cogiese un botecito de cristal tintado de algún color raro y espolvorease el producto con total normalidad. ¡Y a nadie parecía extrañarle lo más mínimo!

Los primeros días no había reparado en aquel detalle. De hecho, Julián había pensado que lo que hacía la abuela era poner un poco de azúcar glas en los pasteles. Pero después había notado que en cada ocasión usaba un bote de cristal de diferente color y que siempre, todas las veces, lo sacaba de la enorme alacena de madera maciza cerrada con llave que tenía en la tienda.

No sabía por qué, pero aún no le había preguntado. Se sentía tonto, como si su abuela simplemente estuviese dando el último toque a su receta y él, en su inexperiencia, no comprendiese que aquello era de lo más normal. Pero no, por fin había llegado a la conclusión de que aquello no era normal.

La abuela le sonrió limpiando sus manos en el delantal de rayas y se acercó a la alacena, metió la historiada llave en la cerradura, abrió, colocó el botecito de cristal azul entre sus com-

pañeros y después volvió a cerrar. Tarareando, tan encantada.

¡Ni siquiera había notado que él la miraba con una ceja levantada!

—Julián, hijo —le dijo la abuela parando su cancioncilla—, ¿por qué no pasas el paño por el mostrador, que hay migas?

En ese momento, Clara, la hija de don Ramón, entró en la tienda como un torbellino con su vestido de verano.

—¡Buenos días, doña Luisa! —saludó radiante—. Buenos días, Julián —añadió como si le costase trabajo.

Julián le devolvió el saludo moviendo la cabeza. Se negaba a responder con simpatía si ella no hacía el mismo esfuerzo. ¡Cómo habían cambiado las cosas ese verano! ¿Era posible que en solo un año todo se hubiese puesto patas arriba? Siempre que le daban las vacaciones, Julián preparaba la maleta para ir a casa de su abuela hecho un manojo de nervios y emoción. En aquel pueblo minúsculo tenía millones de amigos, amigos de verano con los que ir al río a bañarse, con los que jugar al fútbol en el campo de Tomasa, con los que ir

al cine en la plaza... ¡Con los que vivir el mejor mes de todo el año!

Pero ese verano había sido diferente. En cuanto había dejado la maleta en su habitación del desván, había salido corriendo a casa de Luis, su mejor amigo del pueblo. No se habían escrito demasiadas cartas durante ese invierno, aunque era comprensible porque sus profesores cada vez les ponían más deberes y tenían mucho que estudiar. Julián ni siquiera se había preocupado por eso. Luis y él habían vivido aventuras inolvidables: juntos se colaron en la casa abandonada en mitad de la noche, juntos treparon al manzano más alto del huerto de Damián para salvar a un gato, juntos le tiraron piedras a la ventana de don Antón para después salir corriendo... ¡Eran compañeros de batalla! ¿Qué más daba que no hubiesen cruzado muchas cartas?

Eso era lo que había pensado Julián, pero sus pensamientos se habían convertido en hielo en cuanto aporreó la puerta de su amigo y apareció Gabriel. Gabriel era su mayor enemigo, su rival de los veranos, el capitán del otro equipo de fútbol y el mayor camorrista del



pueblo. Julián había aguantado sus insultos desde pequeño, había soportado que lo llamase «chulito de ciudad» durante años y solo se habían enzarzado una vez en una pelea, sin consecuencias, porque Gabriel lo acusó de robar una gallina a su padre, cuando todos sabían que aquello era mentira.

Así que, ¿qué hacía su peor enemigo en casa de su mejor amigo? A Julián le costó un poco atar los cabos sueltos de aquella historia, pero en cuanto Luis salió con mala cara, comprendió que las cosas habían cambiado mucho y que ya no tenía un mejor amigo en el pueblo, tenía enemigo y medio.

Se había sentido traicionado por Luis, pero la abuela lo convenció para que intentase entender la situación. Julián la habría entendido encantado si aquellos dos no se hubiesen ocupado de poner al resto de los niños del pueblo en su contra, incluida Clara, que solo lo saludaba porque estaba delante de su abuela. ¡Bah! ¡Que se pudriesen todos! Seguro que, cuando les faltase uno para el fútbol, lo llamaban.

—¿Qué quieres, bonita? —le preguntó la abuela a Clara, apoyándose en el mostrador

de cristal con los codos y dedicándole la mejor de sus sonrisas.

—Mi madre me manda a por el pan —respondió la niña mirando todas las barras y bollos que se exponían en las estanterías de madera de la tienda.

—¿Y qué se le antoja a doña Clara? —bromeó la abuela poniéndose sus gafas rosas de pasta.

Aquel gesto despertó el interés de Julián. Era otra de las pistas que estaba siguiendo para descubrir qué se traía su abuela entre manos con los botecitos de la alacena. Porque la abuela Luisa no usaba las gafas para nada, absolutamente para nada, si no era para echar un vistazo por encima a sus clientes o para mirar al interior de la alacena cuando quería alguno de los tarros de cristal que guardaba dentro. Ni para leer, ni para hacer punto, ni para preparar sus recetas, la abuela solo usaba las gafas rosas para mirar a la gente y a los botes de la alacena.

Así que Julián se olvidó de la rabia que se había acumulado en la boca de su estómago después del saludo de Clara y se concentró en su abuela. No quería perderse ningún detalle.



EL DUENDE VERDE

Julián sospecha que su abuela hace cosas raras a los pasteles, galletas y panes que vende en su panadería: les espolvorea algo que saca de su misteriosa alacena. Cuando descubre que son azúcares mágicos que sirven para tratar las dolencias espirituales de la gente, decidirá intentar sacar partido de ello.

Edad recomendada
para este libro:
A partir de 8 años

ISBN 978-84-698-3602-6



9 788469 836026

www.anayainfantilyjuvenil.com

1571213

ANAYA